

De diálogos y dramas



La democracia se asienta en un implícito pacto fundamental que garantiza la libre discusión, la tolerancia de las diversas ideas, el rechazo de todo procedimiento violento como forma de hacer política, el reconocimiento de los derechos humanos básicos y un mínimo de ética cívica compartida.

Está claro que el reconocimiento de estos principios constituye también la base de cualquier diálogo político entre el Gobierno y la oposición.

En consecuencia, un capítulo esencial y previo de ese diálogo debe estar constituido por un doble compromiso, que bien podría resumirse en las recíprocas garantías de comportamiento leal que deben otorgarse ambas partes.

Comportamiento leal de parte de la oposición significa, antes que nada, tal como lo hemos señalado reiteradamente, una actitud constructiva que apoye sin retaceos las medidas que interprete positivas, que en caso de desacuerdo, en lo posible, proponga las correspondientes alternativas y que, como lo expresa el profesor Linz, asuma el compromiso de participar en todo el proceso político, "sin poner condiciones más allá de la garantía de las libertades civiles necesarias para el desarrollo de un proceso político razonablemente justo".

Comportamiento leal de parte del Gobierno significa, lisa y llanamente, ejercer el poder en un todo de acuerdo con los valores propios de la democracia y no incurrir jamás en acto alguno de opresión, tales como violaciones constitucionales, abusos de poder, propaganda antidemocrática o ingerencia en la vida interna de otros partidos.

El diálogo es necesario. Ningún partido en soledad está en condiciones de encarar la tarea que emprendimos en 1983, de la que se ha dicho que está más vinculada a la construcción que a la reconstrucción de la democracia, en clara referencia a la necesidad de que el esfuerzo común esté orientado a recorrer caminos nuevos que permitan replantear en profundidad los contenidos de la cultura política argentina.

Inauguramos la nueva experiencia democrática con la convicción de que todos los fracasos institucionales se debieron no sólo a la presencia de fuerzas autocráticas, sino también a inadvertidas pero reales inclinaciones autoritarias insertas en la mentalidad colectiva del país.

La democracia triunfó cuando vastísimos sectores, aunque divididos por líneas políticas discrepantes, nos asociamos en la común convicción de que la construcción democrática, en buena medida, debía ser una labor autoeducativa y autoformativa y, sobre todo, que las tremendas experiencias del pasado inmediato nos llevarían a tener la idea de los derechos humanos muy presente y gravitante en nuestra conciencia política.

Habíamos admitido todos que en el pasado conocimos la violencia, porque había algún consenso social para la violencia; conocimos el autoritarismo, porque había algún consenso social para el autoritarismo; conocimos la dictadura porque había algún consenso social para la dictadura.

Habíamos sufrido el horror a que nos condujeron las distintas alternativas a la democracia.

Habíamos visto el surgimiento de un nuevo universo de valores

democráticos en la sociedad, que a medida que salía del encierro a la que fue llevada por la violencia y el miedo, percibía con mayor claridad la realidad cercana, reconocía con más nitidez el espacio donde se movía y comenzó a modificarlo de acuerdo a sus anhelos. Comenzaba a consolidarse la democracia desde otro ángulo, a través de la participación.

Dijimos entonces: "Llamamos a una convergencia de fuerzas que se planteen como meta modernizar la Argentina en términos de eficiencia, pero también en términos de una democratización fundamental en la sociedad y en el Estado, en la economía y en la cultura, capaz de introducir en todos esos ámbitos experiencias de gestión compartida que coloquen al hombre como principal protagonista de la sociedad y amplíen la democracia hasta el nivel de la vida cotidiana".

Viviendo en la tensión del cambio inminente, entre los estertores de la Argentina vieja y los balbuceos de la Argentina que debía ser, queríamos dejar atrás el tiempo en que las luchas entre los conservadores de privilegios y los conservadores de los dogmas y la revolución delirante nos habían empujado hacia la decadencia.

Pero el peligro no había desaparecido del todo, porque insospechadamente ciertas especies de ambos conservadurismos aparecieron cercanos al Gobierno. Su influencia se pone de manifiesto, por ejemplo, cuando elimina todos los proyectos sociales o cuando les concede espacios en sus medios de difusión a los que se alzaron contra las instituciones.

Como lo he dicho muchas veces, el Gobierno, en vez de oficialismo, parecía la oposición de la oposición y se quebraba el diálogo democrático.

Por lo menos en cuanto a la imagen, no se puede dejar de admitir que el Gobierno ha preferido esos sectores a la primera oposición, a la que reiteradamente ha presentado no como un adversario, sino como enemigo, a veces, del pueblo, tan injustificada y malévolamente como se lo considerara al personaje de Ibsen.

Aquellos amigos y esta prédica trajeron consecuencias electorales que sin duda debemos analizar en profundidad para interpretar hasta dónde se puede llegar en el camino de la regresión antidemocrática cuando se anestesia la voluntad de participación ciudadana, se degrada la política y se sume en el desamparo a importantes sectores populares.

Bienvenido entonces el diálogo. Si es serio, terminará por aventar cualquier riesgo.

Y, además, ya que hicimos referencia al teatro, dará transparencia a un tipo de actividad que a veces recuerda a ciertas situaciones y personajes de algún drama de Shakespeare, con extraños protagonistas de actitud ligera y aptitudes diversas, y otros que más se ocupan de pleitos políticos que de sentenciar en los que se les someten y celos y envidias como las de Yago y las contradicciones de Ricardo II y la venganza de Hamlet y el cinismo de Falstaff y la avaricia de Shylock, y también el chismorrear de alegres comadres y aun la fierecilla, aunque sin domar...

A esta altura me doy cuenta de que debo rogar al lector que no sugiera que hay "otros" que se parecen a personajes de Cervantes, en la oposición.

En cuanto a ésta, el diálogo la exhibirá ante la ciudadanía tal cual es. Se verá si es superficial o profunda, constructiva o desleal.

Además, permitirá satisfacer la creciente inquietud de treinta millones de argentinos que de una vez por todas quieren saber de qué se trata.